

DISCURSO

DEL

Dr. D. ANTONIO MORALES PÉREZ

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

SEÑORES:

Comprometido á tomar parte en esta sesión científico-literaria, torturaba en vano mi imaginación, tan pobre como agotada por otros esfuerzos, sin encontrar solución al que era para mí ineludible compromiso, cuando, cual si fuese por arte mágico, apareció sobre la mesa de mi despacho un pliego cuidadosamente cerrado y sellado con lacre, y dirigido á mi nombre.

Avivado mi ánimo por la natural curiosidad, quedé verdaderamente sorprendido al leer unas cuartillas, de las que voy á dar conocimiento á tan ilustre auditorio. En la primera — y á manera de advertencia — se me indicaba: que la remisión de dicho escrito, obedecía á que el remitente — Licenciado Carrasquillo — compadecido por las congojas de mi ánimo al verme en tan apurado trance, se había decidido á remitirme algunos capítulos de una novela que, si defectuosos en la forma y pobres de pensamientos, podían sacarme de mi penoso apuro.

Tomé las cuartillas como el náufrago coge el cable de salvación: las leí y releí, encontrándome con otra advertencia que en manera alguna debo omitir, por ser impuesta condición del donante. Este me indicaba que en el preámbulo no hiciese alusión alguna y menos laudatoria á persona determinada, evitando todo motivo para que no se diera por enojada la modestia, teniendo presente aquel texto de San Pablo: «*Ubi est humilitas, ibi est sapientia.*» *Donde está la humildad, allí está la sabiduría.*

IMPRESIONES DEL LICENCIADO CARRASQUILLO

EN LA UNIVERSIDAD DE SCIBILIA

(Capítulos de una novela en embrión sin esperanzas de término viable.)

En la villa de Politania había pasado el Licenciado Carrasquillo su primer año de noviciado en la carrera, cuando recibió una carta de su condiscípulo el Dr. López de Gaitanes, invitándole á visitar la Universidad de *Scibilia* en donde podría estudiar lo mucho y bueno que en poco tiempo habían adelantado las Ciencias médicas.

A vuelta de argumentos de gran valer y poderosas razones; insistía el Dr. López en que la Ciencia había caminado en pocos meses á paso de gigante, no pasando día sin que se registrase algún trascendental invento; y que hasta el lenguaje médico habíase transformado con neologismos más ó menos exóticos, toda vez que era necesario bautizar y vestir las ideas á compás de sus manifestaciones externas: en tanto que la Academia de la Lengua se mostraba rehacia por tradicional pereza ó por incompetencia manifiesta.

En el ánimo del Licenciado Carrasquillo pesaron mucho estos razonamientos del Dr. López, influyendo no poco la *nostalgia* que se apoderaba del primero á medida que transcurría el tiempo lejos de los centros docentes y de la atmósfera estudiantil. Quisiera ser un estudiante perpetuo —decía Carrasquillo en sus ratos de meditación.— Aborrezco las *impurezas de la realidad profesional*, y, marchitándose mis ilusiones, los desengaños van creando en mi cerebro una atmósfera de escepticismo, incompatible con todo impulso generoso y noble en pro de la ciencia.

Era Carrasquillo uno de esos caracteres, difíciles de analizar aun por el espíritu más atento y observador. Había en su entidad psicológica opuestas corrientes, tendencias encontradas en constante lucha que creaban en su ánimo una posición inestable de continua duda. Buscaba en la historia un objetivo que sirviese de guía á sus creencias, y descontentadizo por naturaleza, sólo encontraba nuevos motivos á sus recelos y temores, al ver la manera cómo se habían derrumbado tantas hipótesis y sistemas sin dejar en pos de sí otro recuerdo que el epitafio envuelto entre ruinas. Mas como no puede haber vacío en el espíritu humano, habíase creado Carrasquillo un *modus vivendi* científico, que si bien pugnaba por huir del escepticismo, lo había

llevado condicionalmente á las filas eclécticas, por más que no encajasen bien sus aspiraciones en dicho sistema: de aquí el anhelo y el motivo más constante de buscar nuevas ideas que reavivasen su apagado espíritu y le apartasen de la asfixia moral que le consumía de continuo.

¡A Scibilia! ¡á Scibilia! era la voz interna que repercutía en la conciencia de Carrasquillo, al recibir la carta de su amigo y compañero López, y decidió visitar la gran Universidad.

Era López adicto por todo lo nuevo, y lo admitía como bueno con más entusiasmo que reflexión: su lema era *la novedad*, sin meditar que la marcha de la Ciencia es evolutiva, que no hay en la cadena cronológica sino una serie de eslabones unidos por ese nexos natural de la hipótesis convirtiéndose en tesis positiva ó negativa.

López había concluido su carrera, y continuaba después del doctorado asistiendo á las clases de la Universidad con el entusiasmo del alumno que cursa el primer año. Sus compañeros le llamaban el *reenganchado*, cuyo mote lo consideraba el motejado como honorífico. Sus bienes de fortuna le permitían aquellas aficiones estudiantiles, no apremiándole la necesidad — como á otros muchos — de buscar una colocación en un pueblo rural, en donde recabar beneficios de su reciente título. La última noticia científica, el más atrevido experimento, el folleto, monografía, obra elemental ó de consulta que acababa de aparecer en la librería de la Universidad de *Scibilia* tenían para López tal aliciente, que no vivía ni sosegaba hasta haber leído lo más importante de su contenido. Mas á decir verdad, como el movimiento bibliográfico era de tal consideración, López se contentaba muchas veces con repasar los índices, conclusiones y lo más importante de la publicación, sin estudiar la obra de una manera detenida.

Algunas veces se impacientaba con el reciente libro, dejando las huellas de su impaciencia sobre las inocentes hojas, cuando veía una sencilla y trivial idea, que el autor, para llenar páginas y más páginas, la expresaba de diversas maneras, como si fuesen variaciones sobre el mismo tema. ¡Cuántas veces López había tirado al fondo de un armario viejo — que había bautizado con el nombre de *panteón* — algunas publicaciones que aparecían como originales y después resultaban vergonzosos plagios! Y hasta cuenta la crónica íntima lopeziana, que algunas de estas últimas fueron al horno crematorio — vulgo chimenea. — Pero á pesar de estas decepciones, bastaba que López pasase por delante del escaparate de la librería y viese sobre un tomo una cartulina con el rótulo: «Obra que acaba de publicarse,» ó bien que impresa en 1872 pusiese el editor 1873 — como calculado cebo de nove-

dad — para que López se lanzase al interior de la librería, y la comprase acto continuo antes de que cayese en otras manos.

¡Cuántas veces decía López: esto de adelantar las fechas por espíritu mercantil, me parece lo mismo que aquellos matrimonios, que á los siete meses del enlace se encuentran con un *sietemesino*..... de nueve! y es que el tiempo tiene un valor relativo, cuando por él regulamos nuestros deseos y aspiraciones.

Llegó Carrasquillo á *Scibilia*, y ya en la estación ferro-viaría le esperaba su amigo López. Cordial y afectuosa fué la primera entrevista de los antiguos condiscípulos, no dándose punto de reposo en recíprocas preguntas y respuestas. Hablaron de las familias, clientela, estudios y tiempos pasados, como queriendo borrar en breves momentos el paréntesis de un año que había transcurrido desde que ambos recibieron el título de Licenciado. Eran dignas de observar las admiraciones y exclamaciones al dar y adquirir noticias de antiguos condiscípulos y maestros, saliendo á relucir defectos y habilidades, épocas prósperas y adversas, suertes y desgracias en preguntas de exámenes, períodos de excesivo estudio y de asueto; en fin, que se corrió toda la escala histórica estudiantil, hasta que, en casa de López — en donde se hospedó Carrasquillo — se trazó el plan de excursiones universitarias.

Apuntaba el horario las diez en el reloj de la Universidad, cuando al siguiente día entraban nuestros visitantes en el grandioso edificio.

Quedó Carrasquillo sorprendido del gran número de cartelones y cuadros que, clavados en la pared á distintas alturas, llenaban casi por completo las anchurosas paredes del atrio universitario. Parecían colosales planas de periódicos de anuncios que, al entrar en la Universidad, no habían podido pasar adelante. Una fuerte ráfaga de aire interior — á manera de inconsciente protesta — los agitaba con violencia, como si los quisiese separar del puesto que ocupaban, en tanto que un sirviente del establecimiento procuraba sujetarlos con una larga pértiga. No se quedan sujetos los carteles, decía el sirviente á media voz, y será necesario pegarlos con engrudo, pues aunque se manche la pared ¡más manchada de lo que está!...

Movieron la curiosidad de Carrasquillo y López la afanosa tarea del sirviente y el contenido de los anuncios, y empezaron á leer los más inmediatos. Unos anunciaban conferencias de asignaturas; otros la venta de diversas obras, algunos de cuyos títulos llamaron la atención de los visitantes: tal sucedía con el siguiente: « *Tratado de las enfermedades puerperales que se padecen después del parto.* » Aquí

tienes un título expresivo, díjole Carrasquillo á López. Este sistema tiene grandes ventajas — replicó su colega irónicamente. — Se trata, por ejemplo, de la primera edad patológica y se intitula la obra: «*Enfermedades de la infancia que suelen padecer los niños.*» En otros anuncios se podía leer: — Preparación rápida para el examen de cualquier asignatura ó reválida de Licenciado ó Doctor. — Conferencias ajustadas á las explicaciones del profesor de Deontología.

Al lado de estos cartelones pudieron leer los visitantes otros anunciando casas de huéspedes económicas para los estudiantes y venta de *libros de lance* poco usados — quizás como aliciente para los compradores— y otra multitud de anuncios del mismo género.

Consultaron Carrasquillo y López un cuadro en donde se marcaban las aulas, asignaturas, horas y profesores, y determinaron oír la explicación del *Dr. Juventas* en el aula número 20.

Al entrar en el local, sentáronse en el segundo banco de la derecha — únicos puntos desocupados, pues todos los demás estaban repletos de alumnos. Como no había llegado el profesor — y según López tardaría un cuarto de hora — los estudiantes hablaban en voz alta, sosteniendo chispeantes diálogos desde sitios más ó menos lejanos. En un grupo se entonó el coro de los conspiradores de una conocida zarzuela. Acabado aquel intermedio musical, un alumno con voz atiplada remedaba á una notable cantante muy celebrada por aquellos días en uno de los teatros de la capital. Una ruidosa manifestación de silbidos y aplausos contuvo los ímpetus del improvisado artista, la que iba en auge, cuando cesó repentinamente al entrar el profesor por el dintel de la puerta. Subió los escalones de la plataforma, y al sentarse en el sillón resonó en todos los ámbitos del local un general aplauso que se repitió varias veces.

¿Por qué aplauden los alumnos? díjole Carrasquillo al que estaba sentado á su derecha. Este contestó á su interrogante que el profesor era el más popular de la Escuela, y que en aquella conferencia se decía que pensaba hacer importantes declaraciones.

Era el catedrático bastante joven, de estatura elevada, rizada y abundosa cabellera rubia, barbilampiño, aguileña nariz, sonriente boca, bordeada superiormente por una sombra de bigote. Llevaba lentes, colocados con cierto descuido artístico. Aprisionaba el catedrático su cuerpo en larga y estrecha levita, abotonada en la mitad de sus ojales.

«Señores — dijo el profesor con retumbante eco — los que vinimos al mundo científico al calor de las modernas ideas; los que aspiramos á la realización de esos grandes ideales que se vislumbran en la lonta-

nanza de venideros tiempos; los que juzgamos con el solo criterio de la razón pura y soberana los múltiples problemas de la Ciencia; los que señalamos valientemente, sin temor alguno que arredre nuestro ánimo, los obstáculos y rémoras de todo progreso y adelanto; los que luchamos constantemente y, estando tan cerca de la victoria, no podemos disfrutar aún de los grandiosos resultados que ha de llevar en pos de sí la anhelada conquista, sufrimos constantemente el suplicio de Tántalo y padecemos más tormentos que los parias de la India y que el esclavo que esperaba en la ergástula la hora fatal de su martirio y el punto final de su existencia.» (*Una prolongada salva de aplausos resonó en todos los ámbitos del salón, quedando después el auditorio en un silencio expectante, ávido de nuevas y fuertes emociones.*)

Proseguía el Dr. Juventas:— «Nada debe oponerse al impulso noble y generoso de la juventud entusiasta que pugna por huir de esa atmósfera letal y mortífera que paraliza todo avance y que asfixia las inteligencias. Esas inteligencias, señores, ávidas de más puros ideales que animen y vivifiquen la esfera moral de nuestra generación. ¡Caigan para siempre los falsos ídolos de sus pedestales envueltos entre las ruinas del dogmatismo! ¡Sublévese la razón contra la tiranía de la engañosa Historia! y proclamemos muy alto los derechos del libre examen por el solo impulso de la razón soberana.» (*Volvieron á resonar los aplausos que se prolongaron bastante, hasta que algunos oyentes impusieron silencio para que el orador prosiguiese en su discurso, continuando en la forma siguiente:*)

«Cuando la aurora de un nuevo día venga á despejar las tenebrosas sombras de ese doctrinarismo intransigente; cuando el nuevo sol lleve sus luminosos rayos á ese oscuro antro en donde la ignorancia y el atraso tienen su asiento, confundiremos á nuestros tenaces adversarios que desaparecerán avergonzados del campo de la Ciencia. Desaparecerán, señores, como desaparecen las nocturnas aves al resplandor del nuevo día.» (*Grandes y prolongados aplausos.*) Durante estos períodos el auditorio parecía como un acumulador de entusiasmo, que cuando había llegado á su mayor tensión aplaudía como fenómeno indispensable de crisis hasta obtener el equilibrio necesario.

Enardecido el profesor por dichas muestras, se sucedieron períodos de elocuente ritmo y sonora cadencia en los que salieron á relucir las altas cumbres del Chimborazo é Himalaya, los azulinos horizontes, el verdi-negro oleaje de la gramínea vega, el torrente que saltaba entre las obscuras rocas y sombrío valle, el purpúreo manto de los Césares, las cúspides y góticas cresterías de esbeltas catedrales, el ligero jaique del hijo del desierto y el cruzado de la Edad Media que

juraba moribundo sobre la cruz de la espada. — Los aplausos se repetían al final de muchos períodos, hasta que, pasado el tiempo reglamentario, se oyó el estridente ruido de la puerta, y por sus entreabiertas hojas apareció el galoneado busto de un bedel que, con sonriente faz y cascada voz, pronunció la tradicional frase: — « Señor catedrático, la hora. » — Entonces el profesor dió por terminada la conferencia y salieron después de él alumnos y oyentes, formando diversos corrillos en la entrada del aula, haciendo multitud de comentarios del profesor y de su conferencia.

López paseaba con Carrasquillo, y tocándole en el hombro derecho, le dijo: — Es el primer orador de la Escuela, y este hombre ocupará en el Congreso de diputados un lugar distinguido. — ¡Qué arranques y qué modo de excitar el entusiasmo! Este es de la madera de los Demóstenes y Cicerones. — Paróse Carrasquillo y encaróse con su colega, expresándose del siguiente modo: — No te niego que pueda valer mucho; pero veo que la oratoria didáctica que tanto te agrada no es la mejor base para la enseñanza. Es pecado y grande de nuestra raza el ser impresionable hasta lo sumo, buscando más el efecto de la forma que el fondo de los pensamientos, de manera que la moderna escuela *efectista ó impresionista*, más se inspira en lo externo que en lo interno; por ejemplo: este profesor, según tengo entendido, debía explicar hoy el método de enseñanza: ¿qué habrán sacado en claro los alumnos de ese ensayo de oratoria parlamentaria ó tribunicia? Quizás algunos imitadores que, no teniendo la elocuencia que el modelo tiene, caigan en lo ridículo, como generalmente acontece. — Eres un Aristarco pesimista — díjole López á su amigo — cuando debes tener presente que la buena forma es el todo, y prefiero al que, aun diluyendo mucho las ideas en frases más ó menos cadenciosas, resulta elocuente, que á los rebuscadores de pensamientos revisitiéndolos en conciso y lacónico lenguaje para obtener plaza de *conceptistas*. — En un buen medio consiste la bondad — decía Carrasquillo, — pero te advierto que los retóricos generalmente son poco prácticos y hasta en política histórica prefiero más al demagogo Catilina que al elocuente Cicerón.

López manifestó á su colega — terminada esta discusión — que podían oír al *Dr. Vetustas* en el aula núm. 13, cuyo profesor pasaba entre los escolares como hombre práctico, pero atrasado en ideas y muy refractario á lo moderno.

Entraron en la clase indicada, en donde había un número de alumnos menor que en la anterior. Tardó un cuarto de hora el profesor, durante cuyo espacio de tiempo los escolares cantaban y reían,

¡Qué felices son ahora — díjole Carrasquillo á López — y cuántos trabajos y fatigas les esperarán después!

Todo quedó en silencio al subir el *Dr. Vetustas* á la plataforma, arrellanándose en un ancho sillón.

Era el catedrático persona de unos setenta años, con la cabellera y barba completamente blancas, pero peinado con especial esmero. Hombre de buena presencia, pues la vejez no había hecho en aquella constitución muy funestos estragos.

Desabrochóse el gabán, sacó un ancho pañuelo con el que se limpió el *Dr. Vetustas* la sudorosa frente, dió algunas órdenes al bedel, se estiró las solapas de su holgada levita, tosió durante algunos momentos, é inclinándose algo hacia atrás, miró á todos lados, tomó una postura académica y..... sacó una lista del bolsillo.

Fué nombrando uno por uno á todos los alumnos matriculados, en cuya engorrosa tarea pasó un buen espacio de tiempo, hasta que por fin dió principio á su conferencia, que López copió taquigráficamente. — «Señores, — decía el *Dr. Vetustas* — yo que he seguido paso á paso las llamadas conquistas de la moderna ciencia, he querido juzgar con imparcial criterio lo que han dado en llamarle progreso, y puedo demostraros con la autoridad que me dan los años y la experiencia que nació en mi práctica, que la inteligencia humana gira en un verdadero círculo y aparece como nuevo lo que conocieron nuestros antepasados. ¿Para qué sirven la mayoría de los inventos, de los que tanto alardea la moderna ciencia? ¿Qué significa tanta química y tanto microscopio? ¿Es acaso el hombre la retorta pasiva de un laboratorio? ¡Ah, señores! ni Hipócrates, ni Galeno, ni Van-Helmont, ni Solano de Luque conocieron los medios modernos y han sido los mejores observadores.»

Irguióse el *Dr. Vetustas* sobre su asiento, como si le impulsase una fuerza superior que, pasando por el cerebro, hubiese sacudido violentamente sus nervios; y reflejándose con vivos destellos sobre sus apagados ojos, chispazos de violenta reacción, levantó sus brazos con verdaderos ademanes oratorios que parecían evocar del seno de ultra-tumba las grandes figuras de la historia médica, expresándose en la forma siguiente:

«¡Aquellos grandes genios que llevaban el sentimiento de todas las grandezas! ¡Aquellos grandes genios, cuyas misteriosas sombras parece como si vagasen por los recintos universitarios, contemplando atónitos y avergonzados la manera como se desvirtúan sus doctrinas, con las que alcanzaron tantos triunfos y con las que consiguieron tantas glorias!»

«En nombre de la severa majestad de la ciencia, de aquella ciencia que se funda en la observación y que tan alta colocaron los estudios de nuestros antecesores, protesto con todas las energías de mi espíritu de esos falsos rumbos que siguen los modernos experimentadores, los que consideran al ser humano como un autómatas que sólo vive por sus instintos é impulsado por los reflejos. ¡ Los reflejos! palabra vana que nada significa, monstruoso engendro de una nueva transformación del materialismo, ripio que al edificio médico han traído la soberbia ó la ignorancia de aquellos que, vueltos de espaldas á la clínica, desdennan la observación que tanto realzaron los Hipócrates, los Heredias y Mercados. *Tota medicina est in observatione*:— verdadero canon de la ciencia que no han podido borrar tantos siglos de hipótesis y sistemas.»

«¿Y qué os diré de la experimentación, tal como la entienden Claudio Bernard, Flourens y Magendie y todos los adeptos de la escuela experimentalista? Error de suma trascendencia, el deducir de los fenómenos que se provocan en los animales, los que se pueden presentar en el ser humano.»

«La mayoría de las enfermedades son esenciales y *sine materia*. Las doctrinas rostanianas se infiltran en las juveniles inteligencias provocando la caótica confusión del *filosofismo*, presentándolas sus adeptos con las seductoras apariencias de verdad: como venenosa pócima en inocente y agradable vehículo. El *anatomismo* patológico tiene una tendencia materialista y no podrá nunca explicar los fenómenos íntimos del ser viviente, lo que hizo exclamar á Chateaubriand: «Lejos de mí la sacrílega autopsia, que ni en mi helado corazón ni en mi yerto cerebro podrá nunca el escalpelo descubrir los secretos de la vida.»

«Inspiraos siempre en los autores clásicos; no deis entrada en vuestro ánimo á los sofismas de la ciencia moderna; volved la cara atrás si queréis pisar terreno firme, y tened siempre presente aquel célebre aforismo de Gaubius: *Melius est sistere gradum quam progredi per tenebras*.»

Un alumno, inmediato á los visitantes, preguntaba á otro:—González, tú que fuiste seminarista, ¿qué significa este latinajo?— Respondió el interrogado:— Pregúntaselo á tu *patrona* y déjame dormir tranquilo.— En efecto, González, arrebuado en su capa, la cabeza inclinada y los párpados caídos, parecía como si estuviese bajo la acción soporífera del opio.

El catedrático continuó en el mismo orden de ideas, hasta que avisó el bedel la hora de salida.

En la puerta del aula se entabló el siguiente diálogo entre López y Carrasquillo. — El primero con cierto aire de victoria se dirigió á su colega y le dijo: — ¿Qué prefieres, *Vetustas* ó *Juventas*, el pasado ó el porvenir? — Ni lo uno, ni lo otro, prefiero lo presente, — díjole Carrasquillo, — pues tan malo es el que se revuelve entre el polvo de la Historia cerrando los ojos á la luz, como el que vive entre hipótesis, muchas veces irrealizables, inspirándose en esos *espejismos científicos* en que todo es ilusorio.

DISCURSO

DEL

Dr. D. JUAN SOLER Y BUSCALLÁ

HORROR Á LA SÍFILIS

La fuerza de las circunstancias me obliga á tomar mi vez en esta sesión, que, si así no fuese, atento y callado permaneciera, persuadido de que este y no otro era el papel que me correspondía, puesto que cualquiera de mis dignos y estimados compañeros, con pluma mejor templada que la mía y con más títulos que yo pondría á más elevado nivel la Academia, y honraría más á la persona que es objeto de este acto.

No me culpéis, pues, si no lleno mi deber en la medida que vuestra ilustración merece y hasta tiene derecho á exigir, pues, como acabo de indicar, me presento ante vosotros en virtud de una que para mí es casi fuerza mayor. Yo, que no soy literato, sólo escribo sobre asuntos referentes á las ciencias médicas, y todos sabéis la especialidad que, más sin duda que otros impulsos en el ejercicio de mi profesión, el destino que desde joven estoy desempeñando en el Hospital de la Santa Cruz me llevó desde un principio á cultivar; especialidad á la que hoy, según otras veces he dicho, profeso decidida afición y cariño. ¿De qué, pues, podría hablaros que á mí mejor me estuviera y á vosotros más la curiosidad os despertara?

Así pues, voy á hablar de sífilis, aunque no en el concepto clínico, sino considerándola ligeramente desde el punto de vista del efecto moral que causa á la persona que la contrae, por lo que la enfermedad es en sí, por lo que á él le deja afectado, y por la trascendencia que ella tiene en las relaciones del paciente con los suyos y aun con la sociedad.

En aquella época, no remota, en que la sífilis andaba confundida con el venéreo y cada una de estas dos entidades patológicas, perfectamente deslindadas hoy, constituían no grupo, sino una sola y

única enfermedad, de la cual se hacían depender toda la multiplicidad de manifestaciones secundarias y terciarias y las complicaciones de la blenorragia; en aquella época, repito, la palabra sífilis no sonaba tan mal al oído de los pacientes, no les hacía el efecto aterrador que hoy les produce, y se comprende que así fuese á poco que acerca de este punto se reflexione. La circunstancia de ir comprendidos bajo una misma denominación el venéreo y la sífilis, implicaba el desconocimiento que de cada una de estas dos enfermedades se tenía, por lo cual, si bien se las consideraba como repugnantes, el individuo á quien le había tocado esta *lotería*, como no sabía el valor, digámoslo así, del *premio*, es natural que no lo temiese, y así el imberbe á quien caía en *suerte* una blenorragia, no consideraba el premio como una desgracia, antes bien, por una deplorable aberración, para sus adentros creía que, si bien en el concepto público podía desmerecerle la tal suerte, delante de sus compañeros le elevaba, porque le *hacía más hombre*; y lo propio sucedía al que viéndose premiado con un chancro blando ó indurado, esta *suerte* que le había tocado no la ocultaba á sus compañeros, en concepto de los cuales, según él, más ganaba que perdía, toda vez que acercándose más á ellos, la consideración había de ser mayor. Al individuo no ya tan joven, mortificábanle estos padecimientos por las molestias que le ocasionaban, si ya no era que para granjearse simpatías, hacía alarde de ellos entre sus amigos. El más entrado en edad procuraba ocultar su mal por el bien parecer, pues á la verdad no le favorecía el andar metido en apuros semejantes; pero sobre todo el que iba para viejo, avergonzábale de padecimientos que, sobre ser impropios de su edad, no podían menos de rebajar su consideración ante el público.

Hasta aquí no se ve, pues, el horror á la sífilis en general y al chancro indurado, manifestación siempre primaria de esta enfermedad, ni tampoco á las afecciones venéreas, y ¿cómo era posible que existiese este horror, si en aquella época, según queda dicho, no se conocía el deslinde de estas dos entidades patológicas, que se consideraban como una sola enfermedad? Además, hay otra circunstancia que tener en cuenta, y es que como la blenorragia y el chancro blando no son sifilíticos, ni *parentesco* tienen, á no ser de afinidad, con esta dolencia, los fenómenos secundarios y terciarios á que la misma abre la puerta, eran mucho menos frecuentes, dado que el número de chancros indurados era relativamente bastante menor que el de chancros blandos y las blenorragias, por lo cual ó las tres entidades habían de inspirar el mismo horror, ó debía inspirarlo poco ninguna. Por lo demás, los fenómenos sifilíticos secundarios y terciarios, viniesen

de donde viniesen, lo mismo por el médico que por el enfermo merecían otra consideración.

Hoy que la cosa está perfectamente deslindada, y que á la sífilis se la conoce tal cual es, en el concepto clínico se entiende, las ideas marchan por muy distinto camino; y de aquí el horror que inspira la sífilis en general y el chancro indurado en particular. Hoy ya nadie ignora que éste es la manifestación primaria de la sífilis; todos saben su significación y valor; ni falta quien hasta echa un cálculo del tiempo necesario, por punto general, para combatir la discrasia. Casi todo el mundo sabe que tras el chancro vienen manifestaciones que pueden ó no ocultarse al público, y que, según el terreno que invadan, serán acaso dolorosas, y quizás graves, tal vez mortales.

Al propio tiempo es del dominio público que el chancro indurado es contagioso, y que lo son también muchos de los fenómenos á él subsiguientes. ¿Cómo, pues, no ha de inspirar horror la aparición del primer indicio de la sífilis? Mi despacho es testigo de escenas que más de una vez me han enternecido y herido mi corazón. Recuerdo á un joven, muy joven, de viva imaginación, que al ver confirmada la sospecha de que tenía un chancro indurado, en un tris estuvo que no cayera desplomado, perdido el conocimiento, tantas y tan lúgubres eran las ideas que se agruparon de golpe en su imaginación. Al verle repuesto le supliqué me explicara lo que le había ocurrido, que de tal suerte se había conturbado. «Yo no sé, me dijo, lo que por mí ha pasado, las ideas que de momento han exaltado mi imaginación. Tengo noticia de lo que es el chancro sifilítico y he visto marcado mi rostro con el sello de la ignominia, me he visto cojo y estúpido y todavía callo otras angustias.» Recuerdo á otro joven, aunque de más años, en quien fué asimismo fenomenal el efecto que le causó la noticia de que padecía un chancro infectante. Por punto general, la pregunta que me hacen los que, honrándome con su confianza, se presentan en mi despacho con úlceras de procedencia sospechosa, con simples rasguños, con balano-postitis, etc., etc., es, si lo que les lleva á consultarme es realmente sifilítico. Si resulta no serlo, casi siempre les importa poco lo que padecen; pero si, por desgracia, es siquiera sospechoso, no recobran la tranquilidad hasta que puedo desvanecerles la sospecha. Y no son pocos los que vienen á consultarme únicamente para que les saque de dudas, unos que nada tienen ó tal vez un dolor imaginario sobrevenido después de un coito impuro, y otros que no sosiegan hasta que se aclara que se hayan contagiado la sífilis.

La idea de padecer un chancro sifilítico conmueve y aun aterroriza, primero por la significación moral del padecimiento y luego por sus

efectos materiales en el organismo. Por la significación moral, puesto que el paciente no ignora las consecuencias del chancro, y teme que acaso en un momento dado le sea imposible ocultar la dolencia á su familia ni aun al público; en cuyo caso quedará con aquélla en muy mal lugar, y con éste desprestigiado, si no herido en su dignidad. Y por los efectos materiales consiguientes, porque aun cuando la sífilis se cura hoy enteramente, no por eso deja de ser una enfermedad discrásica de gravedad, á la cual va aneja una serie de mortificaciones é impertinencias inevitables, además de ser su tratamiento irremisiblemente de larga duración, circunstancia que en muchas ocasiones ofrece dificultades y desazones de mucha cuenta.

Hasta aquí el horror al chancro indurado y á la sífilis en el individuo joven y soltero.

Mas cuando el propietario de tal alhaja es casado, ¿cómo al saber de cierto que la adquirió, no ha de sentirse confuso y perturbado? ¿Cómo se acerca á su esposa? ¿Añadirá á la falta el crimen? ¿Se verá ser él lo que ser debe, el moderador, el jefe, el espejo de la familia? ¿Y la esposa? ¿Lo ignora? ¿Qué extraña mudanza advierte en su consorte? ¿Nota desvío? ¿Sospecha desamor? ¿Lo sabe? ¡Ay! ¡En hora menguada lo supo! ¡Más cruel herida recibió en el alma que estragos hubiera podido hacer en su organismo el maldito virus! La complicación se aumenta si el casado tiene hijos, ni es de poca entidad la del viudo sifilítico con ellos; porque, cuando menos ante sus hijos, se contemplarán uno y otro en su interior sin fuerza, sin autoridad y sobre todo sin el ascendiente que da el buen ejemplo. El viejo que contrae sífilis ha de padecer mucho más, aunque en otros conceptos, porque al fin contrae fuera de sazón una enfermedad, que por lo mismo es más vergonzosa, y porque tiene ella más gravedad cuando el adolecente cuenta buen número de Navidades.

Hasta aquí los sifilíticos por vicio; pero lo más lastimoso es que no siempre por vicio se introduce la dolencia en el organismo. ¿No pueden contraerla y por desgracia no la han contraído á veces, en el ejercicio de su profesión el médico, la comadrona, el practicante y los sirvientes de un sifilítico? Terrible trance, del que no puede consolarles sino la conciencia de su intachable conducta privada, y la satisfacción de que si padecen es por haber caído víctimas del honroso cumplimiento de sus deberes.

Y aquí concluyo, porque considero cuál ha de ser vuestra impaciencia por oír la voz de nuestro ilustre consocio, objeto de esta solemnidad.
